

COLECCIÓN PRESIDENCIAL
ENRIQUE BOLAÑOS GEYER

ALEJANDRO SERRANO CALDERA

América Latina:
Reflexiones para una
Filosofía
de la historia



Antología

OBRAS

Colección Presidencial

Enrique Bolaños Geyer

Director de Colección Presidencial: Ariel Montoya

Diseño de Portada y Diagramación: Walter García

Esta publicación fue editada en Managua, Nicaragua,
en diciembre de 2006, en el marco del 124 Aniversario
de la Lotería Nacional, como un reconocimiento
a la labor humanista y filosófica del
Doctor Alejandro Serrano Caldera



Contenido

PRÓLOGO	5
CONSIDERACIÓN PRELIMINAR	23
I INTRODUCCIÓN.....	30
La filosofía latinoamericana	30
II. AMÉRICA LATINA: POSIBILIDAD DE UNA FISOLOSOFÍA.....	41
1. América Latina y la unidad cultural	42
2. La cultura y las culturas	46
3. La estructura social interna.....	47
4. La búsqueda de la cultura	50
5. Autenticidad de la filosofía y la cultura	52
6. Crisis y cambio	59
7. Posibilidad y sentido de la filosofía latinoamericana	63
III. TRES TESIS SOBRE LA FILOSOFÍA.....	69
1. Primera Tesis.....	70
2. Segunda Tesis.....	71
3. Tercera Tesis	95
IV. TRES TESIS SOBRE AMÉRICA LATINA Y UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ACTITUD ANTE EL PASADO	102
1. Primera Tesis	102
2. Segunda Tesis.....	103
3. Tercera Tesis	103
4. Una reflexión sobre la actitud ante el pasado	105
5. Conclusiones	107

V.	AMÉRICA LATINA.....	130
	1. América Latina: Hipótesis y aproximaciones	130
	2. América Latina: Realidad y proyecto	148
	3. Proyecto Nacional y cultura democrática en América Latina.....	154
	4. La historia como reafirmación o como destrucción.....	164
VI.	TIEMPO VIEJO, TIEMPO NUEVO.....	184
	1. Profundización de las contradicciones, perspectivas y opciones	203
	2. La Reforma del Estado	206
	3. La Reforma social.....	215
	4. La Reforma económica.....	219
	5. La Sociedad Civil.....	222
	6. Hacia un humanismo ético y una filosofía del desarrollo.....	224
VII.	EL HUMANISMO ESPERANZADO.....	236
VIII.	ENTRE LA INTUICIÓN Y LA RAZÓN	240
	1. Consideración preliminar.....	240
	2. Hipótesis de trabajo	241
	3. Visión espontánea y visión racional del mundo.....	249
	4. El latinoamericano entre lo intuitivo y lo abstracto.....	251
	5. Intuición y razón.....	258
	6. Las contradicciones entre la realidad y la razón...	261
	7. La dialéctica de la razón.....	263
	8. La razón solidificada	264
	9. Historicidad de la razón: racionalidad de la historia.....	266
	10. El problema de la abstracción y de la mediación en las instituciones jurídicas y políticas	269
	BIBLIOGRAFÍA	273

Alejandro Serrano Caldera: pensador y filósofo nicaragüense

¿Quién es Alejandro Serrano Caldera? Tratándose de una figura pública, esta pregunta podría parecer ociosa. Cualquiera de sus libros presenta y pondera su trayectoria, como intelectual y funcionario: filósofo, jurista, ensayista, escritor y educador; Consejero Regional para América Latina de la OIT, Embajador de Nicaragua en Francia y ante la UNESCO y la ONU; Presidente de la Asociación de Filosofía de Nicaragua; Magistrado y Presidente de la Corte Suprema de Justicia; Catedrático universitario, Rector de la UNAN-Managua y Presidente del Consejo Nacional de Universidades y del CSUCA; miembro de la Academia de Historia y Geografía de Nicaragua y de la Academia Nicaragüense de la Lengua; activista en pro de los derechos humanos, la cultura y la participación ciudadana; político y analista de la política nacional; candidato a la Presidencia de la República, intentando cumplir en el Tarascón nicaragüense el ideal de que en el oficio de gobierno concurren *saber y poder*, anhelo de filósofo que no compartía nuestro Salomón.

El poeta y pensador leonés creía que las sublimes lides del pensamiento resultaban inútiles en la que, con todo y ser “la más alta y delicada actividad de los hombres”, pues es un instrumento fundamental para llevar a cabo cierto ideal de vida humana, es también la

más enrevesada debido a la confluencia de fuerzas en tensión e intereses en conflicto:

“Que los filósofos destejan y vuelvan a tejer los hilos más sutiles del pensamiento, es cosa plausible, y grandes son los pueblos que producen filósofos; pero, ¡por Dios!, que no se metan en política como actores en drama tan tremendo” (De la Selva, 1971: 55-56).

El filósofo nicaragüense incursionó también en estas arenas, animado por el deseo de construir una Patria mejor, en la fe de que la política debe volver a ser factor de unidad, prosperidad y felicidad de la nación.

Una vida intensa; inquietudes que han buscado permanentemente cauces a través de los cuales manifestarse. Una trayectoria que sin duda, como ha sostenido Fernanda Beigel, deja su impronta en la obra escrita, no pudiéndose escindir al ser humano, al activista y el funcionario, del intelectual:

“Su actuación en la sociedad civil ha sido fuente principal de sus reflexiones filosóficas y, particularmente, movilizadora de la oscilación de sus intereses teóricos” (Beigel, 1999: 16).

Lo dicho no inhibe ni contradice al autor cuando afirma: “Leo y escribo sobre los temas que siento necesidad de desarrollar o simplemente de expresar, sin tener en cuenta ningún otro tipo de consideraciones” (Pérez Baltodano, 1999: 185). Su actitud, predominantemente libre, no responde, según señala, a ningún plan preconcebido, sino a una necesidad interior, y es en esta di-

mención en la que cree encontrar “el hilo conductor que le da unidad y coherencia” a su obra (Pérez Baltodano, 1999: 186). Radical afirmación del carácter personal de sus escritos que, en el fondo, resulta ajena a cualquier clase de mentalidad subjetivista y al ensimismamiento, pues quien lo afirma considera que su ser interior se configura en dialéctica interacción con la realidad histórica.

“...la vida exterior –ha dicho en una de sus obras– deja de ser tal al fundirse en los lugares más íntimos de la conciencia, al mismo tiempo que las formas originales de la vida espiritual, profundamente enriquecida por la acción del hombre, dejan de ser una expresión subjetiva al incorporarse a la vida social” (Serrano Caldera, 1988: 34).

El filósofo se hace, elucubra e hilvana sus reflexiones frente a la realidad histórica, en la medida en que la asume, buscando captar el sentido y el sin sentido que contiene. Su ser se constituye “al participar cotidianamente en la formación de su entorno y al recibir la influencia de éste” (Serrano Caldera, 1988: 33). Haciendo suya la analogía con que Hegel destaca la trabazón de la filosofía con su tiempo como el hombre con su piel¹, ha señalado que “no podemos filosofar saliéndonos de la piel de nuestro tiempo, ni saliéndonos del momento en que vivimos” (Midence, 2001).

1 Hegel, en *Lecciones de Historia de la Filosofía*, afirmó que “las filosofías son su propia época expresada en pensamiento; pertenecen a su época y se hallan prisioneras de sus limitaciones: el individuo es hijo de su pueblo, de su mundo, y por mucho que quiera estirarse, jamás podrá salirse verdaderamente de su tiempo, como no puede salirse de su piel” (Hegel, 1995: I).

Lo que nos expresan las líneas anteriores no es un simple concepto filosófico, sino, y ante todo, es una convicción filosófica que se constituye tanto por erudición como por vivencia. De tal manera, el mismo Alejandro Serrano Caldera, en una entrevista hecha en 1987 hacía explícita esta vinculación al referirse a su persona:

“Mi trayectoria política en realidad está muy ligada a la intelectual –afirmó entonces–. Casi diría yo, es muy difícil establecer una diferenciación entre ambas. Mis cargos universitarios, mi función de profesor me ligaron mucho a los acontecimientos en el país. Dentro de la cátedra tratábamos de establecer una crítica a la dictadura. Las categorías filosóficas y jurídicas sirvieron también al análisis crítico de la realidad política que estábamos viviendo” (Buhl y Gerstenberg, 1988: 95).

Considerada de esta manera, cada obra de Alejandro Serrano Caldera envuelve su ser personal con todo y cuanto tiene que habérselas, en cuyos vínculos y tensiones se conjugan múltiples emociones. Junto al esfuerzo de dar razón de los temas de que se ocupa, se ven también como testimonio de una opción íntima; problema y compromiso, razón y emoción, se entrelazan.

Pero, ¿quién es Serrano Caldera? En todos los roles y facetas es el mismo. La cuestión es determinar el acceso por el cual nos acercamos. Y ese acceso, al menos en estas páginas, son sus libros. Por referencia a ellos, se lo presenta como filósofo, ensayista y escritor. En cierto modo, las tres determinaciones son nuevamente la misma cuestión, pues las ideas elucubradas por el filósofo sólo ganan concreción escribiéndolas, y la forma predo-

minante con que este autor ha expresado y difundido su pensamiento es el ensayo. El fondo de todo y lo que nos queda, es la oscilación reflexión/expresión, o las variantes pensamiento/escritura, filósofo/artista.

Este binomio es consustancial a la persona de Alejandro Serrano Caldera, en quien confluyen en tensión y conflicto, con una infinita sed de integración. Esta dualidad y necesidad experimentada por el hombre, es superada en las convicciones del filósofo, convicciones que impelen a diseñar un proyecto filosófico a tono con ellas mismas.

El pensamiento filosófico tradicional produjo una cuasi-anulación del conflicto estableciendo una escisión y una elección entre vida y razón, entre emoción y pensamiento, entre el poeta y el filósofo. La figura paradigmática de este conflicto es Platón: en su persona habitan ambas posibilidades, y aunque en la práctica la vocación poética es irrenunciable, hubo que decidir, y lo hizo en favor de la filosofía, de la razón y la persecución de las verdades supremas, en favor de la sumersión en el *topos uranus* en busca de la unidad del ser. El humanismo comprendido desde el horizonte socrático-platónico pensó la razón como “la cualidad distintiva del ser humano” (Serrano Caldera, 2006: 48); el racionalismo moderno prolongó esta disociación.

Serrano, crítico de este racionalismo que escinde el ser del ser humano, enfrenta el conflicto, pero descarta toda elección entre lo uno o lo otro, siendo congruente con la convicción de la necesidad de restituir la unidad del ser humano. Para él, la filosofía de nues-

tro tiempo debe ser una “filosofía reconstructiva que facilite la unidad integral del ser humano” (Serrano Caldera, 2001: 119), que proponga y realice una nueva ética en la que se reunifiquen ambas categorías; este es el proyecto que puede permitirnos “humanizar la vida y vitalizar las humanidades” (Serrano Caldera, 1994: 145 y 209). Pero, además, al enfrentar esta doble posibilidad (filósofo/artista) como condición de su ser personal, se afirma en su condición de latinoamericano: no siente en sí, como el europeo, el dramatismo de esta disociación, pues el latinoamericano, a su juicio, adoptando la tesis sostenida por Octavio Paz, no ha tenido en su historia racionalismo como estado de cultura y mentalidad colectiva, debiendo “llenar ese vacío y desarrollar un pensamiento crítico, pero sin separar la razón de la vida, ni sobreponer aquella a ésta” (Serrano Caldera, 1984: 33).

En el filósofo nicaragüense se produce una lucha por lograr la integración de su doble vocación, de filósofo y artista. El piano es, “junto a la filosofía, una de mis ocupaciones principales”, ha confesado. Tan es así que el filósofo cuenta entre sus obras difundidas un CD (*Meditación*, 2000) en que interpreta, junto a la Camerata Bach, composiciones suyas. La poesía es también en él un afluente inaugural, que si bien no tuvo consolidación como género², subyace persistentemente en su obra a través de una metaforización recurrente y creciente literaturización. Jorge Eduardo Arellano (2003) ha

2 Solo se conozco un poema suyo, “Murieron con la tarde”, publicado en *Ventana* (Año I, No. 2, julio de 1960), en homenaje a los estudiantes mártires de la 23 de julio de 1959.

destacado esta tendencia muy marcada en sus últimos libros como una confirmación del “legítimo ensayista” que hay en Serrano.

Si juzgamos de modo más radical lo que Alejandro Serrano Caldera nos propone, habremos de reconocer que ni en la filosofía ni en el arte hay verdadera disociación entre la razón y la vida. La filosofía y la vida no son categorías opuestas –como pareciera quedar legitimado por la historia tradicional de ella–, ni siquiera cuando se la considera idea pura: “El acto teórico, considerado esencia de la filosofía [...], es también un supuesto histórico” (Serrano Caldera, 1984: 26 y 27). El arte, pulsación de la vida, “trama y drama de la existencia”, es también “profundidad ética y metafísica” (Serrano Caldera, 2003: 86).

No obstante su lucha interior y sus convicciones, no podemos ignorar la preeminencia de lo filosófico en el autor. Ahora bien, esta preeminencia tiene también un modo particular de cobrar concreción, en que se conjugan no sólo las cualidades personales y tendencias del autor, sino también un componente idiosincrásico.

Recuerdo que en cierta ocasión, siendo Rector de la UNAN-Managua, al asumir su condición de filósofo, lo hizo recurriendo a una diferenciación por el talante intelectual entre el pensador y el investigador. Entonces fue taxativo al decirnos que se comprendía a sí mismo como un pensador, más que como un investigador. En *La magia de la palabra*, una de sus últimas obras, reafirma esta condición:

“Después de releer lo escrito, creo que más que un estudio sobre los autores es una reflexión sobre el drama del ser humano” (Serrano Caldera, 2005: 9).

De hecho, en varios de sus libros ha señalado el mismo argumento, describiendo su actitud frente a los problemas como la de quien reflexiona sobre ellos, más que la de quien los investiga. Incluso en *Entre la Nación y el Imperio*, obra de mayor complejidad intelectual y elaboración, lo esgrime: “Estas reflexiones deben tomarse como una apreciación doxológica y no como una constatación epistemológica” (Serrano Caldera, 1988: 57).

Tras esta diferenciación entre el estudio y la reflexión, entre el investigador filosófico y el pensador, se encuentra una clara noción y propuesta de la función del argumento filosófico, comprendido en nuestro tiempo y, en particular, nuestras sociedades. Encierra además, lo que parece inusitado contraste con la filosofía y la persona: una afirmación de modestia intelectual.

Para Serrano, lo que los filósofos han hecho a lo largo de la historia, es intentar ofrecer soluciones a los problemas de su tiempo. La filosofía se hace frente a problemas. Es la realidad, problemática por su naturaleza, la que exige al ser humano –urgido de explicación y sentido de ella– pensarla “con rigor y creatividad”. La auténtica actitud filosófica impone estar abierto a todos los signos que la realidad transmite, y saber leerlos críticamente y comprender sus significados.

“El verdadero filósofo –ha dicho–, es el que es capaz de pensar la realidad con la que tiene que habérselas,

desde cualquier disciplina, o desde ninguna, a condición de que piense y reflexione su mundo, como lo hicieron en todas la épocas los padres de la filosofía, con rigor y creatividad” (Serrano Caldera, 1997: 4).

Partiendo de este criterio, se desprende que la función originaria del argumento filosófico es aclarar las cosas, patentizarlas. Su primer empeño es mostrativo³: mediante la construcción del argumento, el filósofo busca develar, desocultar la realidad, y por ende, recuperar la verdad al “hacer coincidir la palabra con su sentido y el concepto con su contenido” (Serrano Caldera, 2006: 16). Es lo que los griegos llamaban *alétheia* o “verdad” y que el filósofo nicaragüense explica en los términos siguientes:

“*Alétheia* decían los griegos a ese gesto de la conciencia, de la intuición y de la razón que significa quitar el velo que cubre, apartar la densa masa opaca de los dogmas políticos, de los absolutismos científicos y de las ideologías sacralizadas, sean éstas de izquierda o de derecha” (Serrano Caldera, 2006: 16).

Una comprensión socrático-platónica del argumento filosófico. La vivencia humana transcurre cruzada por múltiples discursos, creencias y opiniones. En este contexto, el filósofo no se convierte en juez de opiniones o de tesis, en quien decide de entre ellas cuál es la verdadera; lo que persigue es evidenciar sus insuficiencias y removerlas para así dar paso a la verdad.

3 Con frecuencia se comprende el argumento en términos demostrativos y probatorios. Desde este punto de vista, su función es validar o justificar un punto de vista, quedando en un segundo plano el esfuerzo por mostrar la realidad de las cosas. La comprensión de Alejandro Serrano, como puede observarse, dista de este criterio.

En este proceso se produce la remoción de “lo que no conviene por retardatario del proyecto ontológico del ser humano neo-renacentista” (Serrano Caldera, 1997: 4), y la conservación e integración de lo valioso en la aventura del pensamiento para vivir humanamente. El descubrimiento de la verdad y la construcción de la filosofía es, por tanto, un movimiento dialógico, integrador y dialéctico.

Este enfrentar los problemas de nuestro tiempo, lo hace el filósofo desde una situación y una condición particular: la que le otorga América Latina y Nicaragua en particular, lo cual significan, según alega:

“...más que una referencia territorial, una situación en el tiempo, la historia y la cultura y una determinada perspectiva para enfocar los problemas universales de nuestro tiempo y para lanzar a un horizonte sin fronteras, es decir, universal, los temas tenidos hasta hoy como locales...” (Serrano Caldera, 2006: 425).

Nuestra situación no se limita a nosotros mismos, no se circunscribe a lo que le determina nuestra región, historia y cultura, sino que también, hallándonos alojados en un mundo en crisis, no es ajena a los peligros que la circundan. De ahí que corresponde también al filosofar latinoamericano asumir la dilucidación de la situación y destinos de la humanidad toda. Así pues, hay que filosofar sobre nuestro tiempo, sí, pero hay que hacerlo, afirma el filósofo, desde nuestra propia situación espacio-temporal. El desafío que se nos impone no es sólo pensar nuestra historia, sino desde ella, pensar la historia de la humanidad. “No sólo pensar nuestra cultura, sino pensar los riesgos que la cultura en ge-

neral, y la nuestra en particular, está corriendo ante el empuje de una cultura tecnológica...” (Serrano Caldera, 2006: 421).

Ahora bien, comprendido la estructura de mundo a través del binomio centro-periferia, la historia tradicional de la filosofía nos muestra el ejercicio del pensamiento –y especialmente de la filosofía– desde el poder y la hegemonía, esto es desde el centro, desde las metrópolis, pese a que, como indica Alejandro Serrano Caldera, comenzando en la antigüedad, grandes pensadores procedieron de la periferia, y más aún, que “la filosofía nació como un fenómeno no atenocéntrico, aunque luego se concentró en Atenas” (Midence, 2001). Claro está, no es lo mismo proceder de la periferia que pensar desde la periferia.

Desde la perspectiva eurocéntrica, América es un mundo mágico, y el problema de su pensamiento, es la carencia del talante y el ímpetu de raciocinar. Bajo esta interpretación, explica el autor, “el problema de América Latina es que no tuvo un siglo XVIII. Eso planteó un vacío que ha llevado a pensar que el pensamiento es exclusivo del europeo y América nada más sirve para rimar o hacer prosa con imaginación” (Midence, 2001).

Serrano Caldera rechaza tal interpretación. Si bien la carencia histórica explica otra carencia latinoamericana, la de un pensamiento crítico, esto no cierra sus posibilidades, ni nos coloca al filo de la elección. Por lo mismo, nuestro problema tampoco es, como ocurre con los pensadores europeos, de reunificación de los términos razón-vida. El pensamiento latinoamericano actual

se plantea afirmar la racionalidad sin amputar su riqueza intuitiva y desarrollar un pensamiento crítico que de fundamento a nuestra vida y oriente nuestro destino. Así, pues, el gran desafío del filosofar latinoamericano, argumenta Alejandro Serrano Caldera, es doble: por una parte.

“Desarrollar ese patrimonio intuitivo que le viene por la raíz indígena, perfeccionando la sensibilidad y afinando los mecanismos de percepción, superando por supuesto la visión mágica e ingenua del mundo; y por otra –agrega–, integrar la razón a la base de su proceso cognoscitivo, instaurando una racionalidad que no ha tenido, pero a la vez dándole un contenido auténtico alejándose de los mecanismos impuestos por la sociedad tecnológica y de consumo” (Serrano Caldera, 1988: 64).

A la vez, el filosofar latinoamericano implica “la superación dialéctica del etnocentrismo por un verdadero concepto de universalidad, por una solidaridad planetaria” (Serrano Caldera, 1984: 41). Construida desde la alteridad, agrega el autor, la filosofía de nuestro tiempo adquiere un doble desafío y misión necesaria: junto a la “racionalización de la humanidad”, la “humanización de la razón” (Serrano Caldera, 1988: 73).

Esta empresa –suprema empresa–, es doblemente compleja y difícil –por decirlo en alguna forma–, cuando se realiza urdido por un ámbito doméstico de “mil puntas cruentas” –extrapolando la frase rubeniana–, lo que confiere al autor merecido decoro.

El clima intelectual de Nicaragua tiene sus virtudes y sus dificultades para el desarrollo del pensamiento filosófico. Quizás más dificultades que virtudes, debido entre otras razones, a las recurrentes tensiones que agitan la vida colectiva; pero estas dificultades tienen también sus ventajas, puesto que activan y urgen de la reflexión y el debate en busca de soluciones a los males que agobian la sociedad. Asimismo, resulta adverso y desmovilizador el escaso debate de ideas que en el país se efectúa desde el horizonte filosófico.

Este último hecho, del que el mismo Serrano era consciente (Buhl y Gerstenberg, 1988: 96), llevó a Jorge Eduardo Arellano a lamentar que éste no tenga “interlocutores en nuestro medio, caracterizado por una penuria de ideas” (Arellano, 2003). Es cierto que en Nicaragua son pocos los interesados en la filosofía y el debate filosófico. En este sentido, Alejandro Serrano tiene más lectores que interlocutores en nuestro medio, pero, como el mismo lo reconoció,

“Aún en Nicaragua ha habido un mundo que me ha permitido hablar de estas temáticas, honestamente no me he sentido solo, ni tentado a abandonar la filosofía” (Midence, 2001).

Habría que agregar que Alejandro Serrano Caldera no ha circunscrito su espacio intelectual a Nicaragua, y es uno de los autores nicaragüense que ha sabido incorporarse a una red de intelectuales extranjeros, en particular de filósofos, lo cual le ha permitido obtener prestigio internacional, resultando ventajoso para su desarrollo.

Filosofar desde América Latina

Cuando Carlos Tünnermann Bernheim, en el prólogo a una de las obras de Alejandro Serrano Caldera, se planteó ubicar al autor en una de las corrientes del pensamiento actual, probablemente sintió la dificultad de circunscribirlo férreamente a una determinada vertiente, se limitó a plantear que éste se inscribe entre “las corrientes político-filosóficas más progresistas de nuestro tiempo” (Serrano Caldera, 1984: 11), lo cual se hace evidente en su itinerario sociopolítico, en el repertorio de las preferencias teóricas que confluyen en la estructuración de su pensamiento, y la evolución de los temas sobre los que versa. Y es que Alejandro Serrano Caldera se alimenta intelectualmente del pensamiento de diversas procedencias –predominantemente europeo y latinoamericano– y corrientes ideológicas distintas. Encontramos en él elementos del contractualismo y del neocontractualismo, del marxismo y la filosofía latinoamericana de la liberación, así como de la filosofía de la vida y de la postmodernidad. Rousseau, Montesquieu, Marx, Hegel, Marcuse, Althusser, Zea, Roig, Aranguren, Bergson, Ortega y Gasset, Nietzsche, la escuela de Frankfort, Levinas, Fukuyama, Vattimo, Lyotard, Derrida, y otros: de esta gama de nutrientes, extrae lo permanentemente humano, mientras critica lo contingente y hasta conservador que existe en algunos, como ha señalado el filósofo cubano Miguel Rojas, por cuya motivo califica su filosofía de “electivismo dialéctico creador”.

No obstante, Serrano Caldera ha sido adscrito por algunos estudiosos [Eduard Demenchonok (1988), Pablo Guadarrama (1993), David Sánchez Rubio (1999), entre

otros] al movimiento de la filosofía latinoamericana de la liberación. Este movimiento se fue gestando a fines de los años sesenta, haciéndose público hasta 1971, en el II Congreso Nacional de Filosofía de Argentina. En 1975, con la Declaración de Morelia⁴, se dio a conocer como un fenómeno de significado continental. Se trata de una filosofía configurada conscientemente en el seno de una ideología de liberación y transformación política social. En ocasión del Seminario que se realizó en la Universidad de Lovaina (Bélgica), en febrero de 1985 —que correspondió al filósofo nicaragüense inaugurar—, éste destacó la vinculación de los problemas planteados por el movimiento y el proceso de transformaciones desarrollado por la Revolución Popular Sandinista, llegando a establecer que la revolución es la práctica de la filosofía, por cuanto en ella la crítica de la opresión nacional y social se materializa en la acción política (Demenchonok, 1988).

Para fines de la década del 80, el movimiento adquiere un carácter heterogéneo, evidenciando múltiples y variadas expresiones y temas, y sus autores presentan una dinámica intelectual que les induce a cruzar de unos a otros temas. En el estudio realizado por Pablo Guadarrama, Gilberto Pérez y Miguel Rojas —para considerar uno de los estudios de clasificación de las distintas líneas o sectores de pensamiento de la filosofía de la liberación—, se consideran cuatro tendencias a lo interno del movimiento: la filosofía inculturada, la racional-analítica, la democrática-orgánica y la

4 Primer Coloquio Nacional de Filosofía, celebrado en Morelia, Michoacán (México), del 4 al 9 de agosto de 1975

socio integral. Aunque en este estudio se ubica a Serrano Caldera en el grupo socio integral, en el que se incluye a aquellos que comparten posiciones cercanas al marxismo, como es el caso de Enrique Dussel, Horacio Cerutti y Arturo Andrés Roig, ya por estos años se inserta en el sector que atiende la cuestión de la democracia y de la construcción de un orden social que satisfaga más plenamente expectativas generalizadas de las sociedades latinoamericanas, en cuya preocupación es afín con Joao Almino, Norbert Lechner y Abelardo Villegas, y otros.

Sin ánimo de simplificar la evolución intelectual del autor, podríamos diferenciar dos grandes momentos en su trayectoria: el primero se extiende hasta la década de los '80, se ve cruzado por la coordinada dominación-liberación, teniendo su hito en *Entre la nación y el imperio (Aproximaciones a una filosofía de la historia a partir de la Revolución Popular Sandinista)* (1988); el segundo, de entonces a la actualidad, se orienta al debate filosófico-político del mundo actual, y la especificidad que presenta la coyuntura nacional. A este segundo momento, se vincula el proyecto de "La Nicaragua Posible" (1990-1992), de cuyo contexto resulta su libro *La unidad en la diversidad. Hacia la cultura del consenso* (1993), y de éste se amplía y profundiza en obras tales como *Los dilemas de la democracia. Hacia una Ética del Desarrollo* (1996) y *Razón, Derecho y Poder. Reflexiones sobre la democracia y la política* (2004)).

Toda la producción filosófica de Alejandro Serrano Caldera tiene como telón de fondo la crisis histórica de nuestro tiempo, y aunque en su trayectoria destaquen los

temas de crisis histórica-liberacionismo-democracia y derechos humanos, se acompaña y entrecruza con otros intereses temáticos y aficiones, tales como la metafísica y el arte, y del estudio de filósofos ejemplares de la historia del pensamiento –de los que extrae instrumentos intelectuales básicos para las interpretaciones propias, sin que esto roce con la convicción de que las categorías teóricas y los procesos de conocimiento se fundamentan y articulan a la propia cultura–, para desembocar en la propuesta de un proyecto filosófico, la *filosofía de la unidad en la diversidad*, como un esfuerzo por construir un pensamiento alternativo ante las formas de dominación actual y los desajustes estructurales inherentes a nuestras sociedades y nuestro tiempo, principio que se encuentra también en otros autores representativos del pensamiento latinoamericano.

América Latina y Nicaragua definen la situación vital y la necesidad de la filosofía para el autor. El filosofar a que da lugar dicha condición humana, “es la construcción teórica que hundiendo sus raíces en la realidad extraiga de ella la savia de un genuino pensamiento latinoamericano”. Y aunque pareciera paradójico, es esta una tarea todavía “por construir”, pero que cuenta, iluminando su camino, “el pensamiento y el ejemplo esclarecido de no pocos filósofos latinoamericanos” (Serrano Caldera, 1984).

Cerremos estas páginas de presentación del pensador y filósofo nicaragüense y latinoamericano, destacando la significación del *desde donde filosofar* latinoamericano que el mismo autor nos ofrece en uno de sus ensayos, “La filosofía: Patria espiritual latinoamericana”:

“América Latina es mucho más que un territorio y una historia común, cuyas diferencias no pocas veces son mayores que las posibles identidades; es ante todo el pensamiento que atraviesa su horizonte histórico, por encima de las batallas, de las guerras civiles, de los caudillos y de las historias oficiales.

Es la reconstrucción de nuestro pasado por el pensamiento de tantos hombres y mujeres que han reflexionado una y otra vez sobre los hechos que nos han unido y que nos han separado, que nos han construido y que nos han destruido, que nos han integrado y que nos han desgarrado. Es la reflexión tesonera y constante sobre el incierto y contradictorio ser latinoamericano.

América Latina es voluntad y esperanza, realidad y proyecto, es la patria espiritual que se destruye y construye día a día, es el arte, la poesía, la literatura, la pintura, la música, que forja espacios alternativos, la palabra que crea, conserva y transforma; pero sobre todo, América Latina, sin dejar de ser realidad, es proyecto, propuesta constante e inacabada como todo lo que debe perdurar en la historia; es imaginación, pues hay que imaginar el futuro para poder construirlo. Sin imaginación las primaveras del espíritu se marchitan, el río de Heráclito se congela”.

Pablo Kraudy

Consideración Preliminar

Gracias a la invitación del poeta y escritor Álvaro Urtecho, presentamos a la consideración del lector esta Antología que recoge nuestras reflexiones sobre América Latina y la filosofía.

Más que una recopilación de nuestros escritos sobre la filosofía latinoamericana, se trata de un esfuerzo de aproximación filosófica sobre y desde América Latina, pues como decimos al inicio de estas páginas, la filosofía latinoamericana es asumida como una perspectiva y como una alternativa. Ambas, perspectiva y alternativa, parten de una situación concreta, de una realidad histórica: América Latina. De ella toman sus elementos esenciales y asumen, desde esa situación, los problemas universales del hombre y de la sociedad.

América Latina deviene así a la vez, sujeto, espacio y tiempo, pues es destinataria de la reflexión filosófica y observatorio desde cuya perspectiva espacio-temporal se tratan de analizar y comprender algunos de los problemas principales del hombre y de la sociedad de nuestro tiempo. Por ello, esta reflexión es más una aproximación a una filosofía de la historia y a una filosofía política, que a un estudio de las ideas en América Latina.

Como podrá apreciarse, y como corresponde a toda antología, los textos aquí incluidos provienen de diferentes épocas y circunstancias y, por lo mismo, responden a diferentes énfasis y perspectivas tanto de los acontecimientos como del escritor que reflexiona sobre ellos, pues nadie construye sus conceptos e ideas desde un punto neutro y absoluto, sino desde una realidad naturalmente cambiante y cargada de ilusiones y pasiones. Las ideas y las palabras, como las cosas, tienen perspectiva y en buena parte dependen de cómo, dónde y cuándo se piensan y se dicen.

Seleccionar los propios textos es tarea difícil para el autor pues en esa labor influye no sólo la consideración afectiva que los rodea, lugar, momento y circunstancia, sino también la sensibilidad y razones actuales con las que se vuelven a leer los escritos pasados sobre los mismos hechos pero desde situaciones diferentes. Es la perspectiva que surge inevitable desde ese lugar de observación que Ortega y Gasset denominaba la “altura de los tiempos”.

No obstante, pienso que en lo que a mí corresponde, las ideas fundamentales que han inspirado mis escritos continúan afirmándose en lo esencial. Quizás introduciría algunos matices para completar puntos de vista que hoy me parecen perceptibles pero que no lo eran o no lo eran de manera suficiente ayer, sea porque no estaban para mí lo suficientemente claros o sea más bien porque el énfasis y la perspectiva que surgían desde el momento en que fueron escritos exigían mantener esa forma de presentación.

Por ejemplo la idea de identidad y de Nación de ninguna manera, ni ayer ni hoy, están puestas para proponer ningún tipo de sociedad cerrada y mucho menos de fanatismos y fundamentalismos nacionalistas, sino como defensa de valores y principios ancestralmente acosados y agredidos por poderes dominantes y absolutos. No es la actitud de quien niega al otro porque es diferente, sino el reconocimiento de la lucha de los pueblos pequeños y débiles ante la arremetida de los poderes mundiales económicos, financieros y políticos en defensa de la propia cultura y del propio *ethos*. *La unidad en la diversidad*, que es el título de uno de mis libros afirma esta idea desde el nombre mismo de la obra.

En el caso de la filosofía latinoamericana tratada sobre todo en mi libro *Filosofía y crisis* de 1984,¹ cabría, si fuese el caso, matizar la afirmación, que hoy me parece un poco categórica en la que se expresa que para que exista filosofía latinoamericana América Latina debe antes superar su condición de dependencia estructural.

Aunque luego en el desarrollo de la obra queda aclarado el sentido de la afirmación, y completamente explícito el significado que doy al concepto de filosofía latinoamericana, conviene, no obstante, volver sobre el punto y reafirmar que aunque la filosofía no debería tener adjetivos históricos o geográficos, de hecho sí los tiene.

1 Se refiere a la edición en portugués de la Editorial Vozes de Brasil y a la edición en español de la Editorial Nueva Nicaragua del mismo año. Sin embargo, para esta Antología, hemos utilizado la edición de 1987, del Centro Coordinador y difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México

Para el caso la filosofía latinoamericana no debe significar un enclaustramiento espacio-temporal pues eso sería su negación, sino la consideración de América Latina como un observatorio y punto de vista para el análisis filosófico de los acontecimientos de ayer y de hoy. Por otra parte, es conveniente dejar perfectamente claro que si bien puede debatirse sobre si existe o no una filosofía latinoamericana, es indiscutible que sí ha habido y hay filosofía en América Latina.

De igual manera se podría afinar desde la perspectiva del presente los alcances del concepto de autenticidad, cuyo sentido tampoco se dirige, ni se ha dirigido a pretender reafirmar una autarquía cultural, pues esto, lo pensamos hoy y lo hemos pensado ayer, sería restrictivo y antihistórico. Otra cosa es reafirmar los valores propios y auténticos para con ellos construir un concepto de universalidad diferente al de la globalización y la uniformidad. Ni cultura de aldea ni identidad de campanario, pero tampoco ausencia y vacío de esa realidad propia para transformarnos en meras piezas de una sociedad de consumo, en datos y números que sustituyen la verdadera condición humana.

Podrían continuar afinándose y matizándose conceptos y categorías de nuestro trabajo filosófico, pero, en verdad, no lo creemos necesario, pues si en algún momento alguna idea enunciada quizás en forma un tanto categórica podría conducir al lector a una apreciación que no coincide con la propuesta del autor, la lectura de la obra deja clara en forma explícita o implícita las intenciones más permanentes y los valores más fundamentales que la animan.

Al seleccionar los textos de esta antología hemos comenzado en la **INTRODUCCIÓN**, Capítulo I, con las ideas fundamentales que desde nuestra perspectiva constituyen o deben constituir la Filosofía latinoamericana.

En el Capítulo II, **AMÉRICA LATINA: POSIBILIDAD DE UNA FILOSOFÍA**, se trata de establecer una relación entre filosofía e historia, que equivale a decir entre razón y realidad. De esta manera se pretende alcanzar el objetivo explícito que consiste en asumir Latinoamérica como sujeto de reflexión filosófica de su propia historia y a la vez como el punto de vista para analizar los acontecimientos de carácter universal.

En el Capítulo III, se proponen y desarrollan **TRES TESIS SOBRE LA FILOSOFÍA**, a saber: la filosofía entendida como búsqueda constante de la verdad y ésta como superación a través del tiempo y del espacio y de los diferentes sistemas filosóficos en un movimiento que va de lo abstracto a lo concreto.

La segunda tesis plantea la filosofía como el proceso integrador de los conceptos filosóficos expuestos en diferentes épocas y escuelas y como el proceso dialéctico de superación histórica de los mismos.

La tercera tesis formula que el desarrollo de la filosofía está estrechamente interrelacionado al grado de desarrollo histórico y científico.

En el Capítulo IV se plantean de nuevo **TRES TESIS**, esta vez **SOBRE AMÉRICA LATINA**. La primera, la se-

paración entre el derecho y la realidad; la segunda la intencionalidad de esa dicotomía entre el mundo formal y el mundo real, como la denomina Octavio Paz y que da origen a lo que Carlos Fuentes llama la separación esquizoide entre el derecho y la realidad.

La tercera tesis, por su parte, señala que esta estrategia de decir lo que no se hace para hacer lo que no se dice, está en el origen mismo de la fundación de las repúblicas latinoamericanas.

En el Capítulo V se busca una interpretación de lo que es AMÉRICA LATINA en medio de todas sus diferencias. Desde esa perspectiva se formulan algunas hipótesis y aproximaciones sobre la realidad y el proyecto latinoamericano y sobre la necesidad del contrato social nacional y regional para fundar la cultura democrática en América Latina.

En el Capítulo VI, TIEMPO VIEJO, TIEMPO NUEVO, se busca realizar un análisis del neoliberalismo y de la globalización desde la perspectiva de América Latina y a la vez proponer algunas ideas básicas sobre la reforma del Estado, la reforma social y la reforma económica, que permitan sustentar la construcción de un humanismo ético y una filosofía del desarrollo.

El Capítulo VII, EL HUMANISMO ESPERANZADO, es un llamado para considerar el momento actual, como el momento oportuno para proponer la necesaria síntesis entre vida, razón y ética, para restaurar la unidad

fracturada y devolver al hombre y a la mujer su plenitud como seres integrales, y por lo mismo, a la vez racionales e intuitivos.

El último capítulo, el Capítulo VIII, ENTRE LA INTUICIÓN Y LA RAZÓN, se trata de interpretar la realidad latinoamericana más cerca de lo intuitivo que de lo racional para extraer de ahí las consecuencias históricas, políticas y jurídicas que se derivan de esa situación.

Los ocho capítulos que componen la antología son extraídos de los libros que se indican en cada caso. Como podrá apreciarse, se ha buscado en esta selección establecer una relación entre realidad y razón para intentar construir una interpretación filosófica de América Latina y una propuesta que permita superar problemas ancestrales, reafirmar valores y abrir horizontes de esperanza para un futuro más promisorio.

Alejandro Serrano Caldera